

Lisboa (siglos XI-XII): un círculo literario y una entrevista

Lisbon (XI-XII centuries): a literary circle and an interview

Teresa GARULO
Universidad Complutense Madrid
garulo@terra.es

Recibido: enero 2010

Aceptado: febrero 2010

RESUMEN:

En este artículo se estudia la presencia en Lisboa, a finales del siglo XI y principios del XII, de un reducido número de hombres de letras, que en su mayoría se acogen al patrocinio del alcaquí y ministro Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihrī. Ibn Bassām lo menciona varias veces en la *Ḍajīra*, pues con frecuencia lo utiliza como fuente e informador de los poemas o anécdotas que recoge en su antología, además de referir las circunstancias de su muerte. Se analizan también las formas de entablar relaciones entre ellos, algunas basadas en el magisterio de los autores consagrados, de las que tenemos noticias por sus discípulos locales, el propio Ibn Bassām en algunos casos. Como ejemplo de este inicio de relación entre un discípulo en busca de maestro, se analiza, y se incluye como Apéndice, la entrevista que mantiene Ibn al-Imām de Silves (560/1164) con Bakkār b. Dāwūd al-Marwānī, señalando la postura de este asceta ante el humor y la poesía *mujūn*.

Palabras clave: Literatura y poesía de al-Andalus. Ibn Bassām. Biografías. Humor y poesía *mujūn*.

ABSTRACT:

This paper is an analysis and a comment on the literary activity in Lisbon during the last years of 11th Century and the early years of 12th Century. The most of the authors who visited this city were sponsored by the *wazīr* and *faqīh* Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihrī, a literary informant of Ibn Bassām as well as his patron. In this time in Lisbon, there are also some religious men whose ascetic life and poems attract some disciples who want to learn from them. The meeting between Ibn al-Imām de Silves (560/1164) and Bakkār b. Dāwūd al-Marwānī is analyzed highlighting his attitude of tolerance towards humor and *mujūn* poetry.

Keywords: Literature and Poetry of al-Andalus. Ibn Bassām. Biographies. Humor and *mujūn* Poetry.

En el año 477/1084 Ibn Bassām estaba en Lisboa. No se sabe en qué momento preciso había llegado, ni tampoco las razones concretas que lo habían llevado a dicha ciudad. Es de suponer que su viaje respondía, como en el caso de tantos hombres de letras que dejaban su ciudad natal, al deseo de completar su formación acudiendo a las clases de los maestros de las ciudades visitadas, o frecuentando a los poetas y hombres de letras locales para conocer sus obras y conseguir su autorización para transmitir las.

Aunque el papel de Lisboa en la vida intelectual de al-Andalus no fue nunca especialmente relevante¹, la presencia de Ibn Bassām en la ciudad se justifica por su proximidad a Santarén, su patria, y constituye la primera etapa en sus viajes por al-Andalus. Afortunadamente para él —y en consecuencia también para nosotros—, su llegada coincide con uno de los pocos momentos de la historia de la ciudad en que parece desarrollarse una actividad literaria con cierto atractivo para los hombres de letras. Quizá, incluso, llega atraído por ella, como es también posible que ocurriera con otros poetas y prosistas con los que se relaciona en ese tiempo. Es un momento único y de muy breve duración, apenas una década: antes aún de que al-Mutawakkil ceda en secreto la ciudad a los cristianos en 485/1093-4, junto con Cintra y Santarén², el círculo literario en que se había integrado Ibn Bassām parece estar ya disuelto. El asesinato del alfaquí y ministro Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihrī debió de ser determinante en su desaparición.

Los datos que tenemos, para intentar reconstruir ese círculo literario, son muy escasos, y, lo que puede ser peor, están muy dispersos. Apenas encontramos unas breves alusiones esparcidas por la *Dajira* de Ibn Bassām, no siempre para hablar de Lisboa, en las que comenta algún poema o señala quién es su transmisor. Y es muy difícil tener presentes todas las referencias, o contrastarlas con las que pueden encontrarse en otras fuentes, en las otras antologías o en los diccionarios biográficos.

Y, sin embargo, inspira —o a mí me inspira— un vivo interés, quizá por esa misma falta de noticias, o por la relativa voluntad de silencio que se vislumbra en los comentarios de Ibn Bassām. Lo que decía hace ya algunos años a propósito de Ibn al-Aṣṭī³, uno de los poetas que lo frecuentan, sigue vigente.

Es en la biografía de este poeta⁴ donde se tiene la mejor instantánea de este círculo literario, que parece articularse en torno a un alfaquí de Lisboa: Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihrī, al que Ibn Bassām da sistemáticamente el tratamiento de *wazīr* (ministro). Cuál es la actividad de este ministro, quién lo ha

¹ Véase Fierro, Maribel, "Os Ulemas de Lisboa", en Luís Krus, Luís Filipe Oliveira e Joao Fontes (coord.), *Lisboa medieval : os rostos da cidade*. Actas do II Colóquio "A nova Lisboa Medieval" (Auditório Municipal Orlando Ribeiro, Lisboa, 9-11 de Dezembro de 2004.; [Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa]. Lisboa : Livros horizonte, 2007, 37-63.

² Fierro, "Os Ulemas de Lisboa", 50-52.

³ Garulo, T., "La frustración del biógrafo. A propósito de Ibn al-Aṣṭī", en Concepción Vázquez de Benito y Miguel Angel Manzano Rodríguez (eds.), *XVI Congreso de la Unión Européenne d'Arabisants et d'Islamisants (Salamanca, 27 de agosto-2 de septiembre de 1992)*, Salamanca: Agencia Española de Cooperación Internacional-CSIC-UEAI, 1995, 207-215.

⁴ Garulo, T., "La vida y la obra de Abū 'Āmir Ibn al-Aṣṭī, poeta itinerante del último tercio del siglo V/XI", *Al-Qanṭara*, XVI (1995), 59-82.

nombrado o para quién trabaja, son preguntas que quedan sin respuesta. Probablemente forma parte de la nobleza local, bien por su ascendencia árabe — Fihri es uno de los linajes de Qurayš, y los descendientes de Yūsuf al-Fihri, gobernador de al-Andalus a la llegada de ‘Abd al-Raḥmān I, encuentran refugio, tras su derrota, en el occidente peninsular—, bien porque pertenezca a una familia bereber cliente de los fihriés⁵. Por las palabras de Ibn Bassām, parece haber actuado como mediador en los conflictos políticos que sin duda se producían en la ciudad y sus distritos en un momento en que la presión de Castilla se hacía sentir pesadamente. Ibn al-Aṣṭī le dedica un panegírico, una casida *mujammasa* —uno de los escasos poemas estróficos, pero en metros árabes clásicos, que Ibn Bassām incluye en la *Ḍajīra*— en la que glosa⁶ unos versos de al-Mutanabbī; y, más adelante, tras su asesinato, compone una elegía en la que llora la pérdida del mecenas y acusa ásperamente a los asesinos, miembros de la misma familia que el ministro.

Precisamente al presentar esta elegía, con la que acaba la biografía de Ibn al-Aṣṭī, es cuando Ibn Bassām alude a la importancia de Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihri como mantenedor de un salón al que acuden los hombres de letras a su paso por Lisboa.

“El ministro y alfaquí Abū ‘Abd Allāh Muḥammad ibn Ibrāhīm era el alma de esa región, y su salón en Lisboa el punto de reunión de la prosa y la poesía. Allí sufrió la muerte y la injusticia —Dios eleve su rango y haga perecer a sus asesinos—. Cuando se eclipsó aquella estrella rutilante y de súbito se oscureció el cielo, se desataron las calamidades sobre occidente, pues no hubo quien derramase sobre sus habitantes la luz del discernimiento, y los acogiese propicio, como reciben las estrellas los rayos del sol, acercase a sus metas lo que estaba alejado, y consiguiera lo inaccesible con opiniones acertadas, cortantes como espadas, y agradables medidas políticas: fuerza y suavidad, movimiento y quietud. Estuve unido a él en aquel occidente con firme lazo, y por él me apoyé en el inexpugnable Ṭabīr, y me establecí en el más espacioso campamento y en los pastos más fértiles”⁷.

Sin embargo, Ibn Bassām rehúsa dar más información, o más precisa, sobre su muerte, justificándose con la razón que esgrime a cada paso en su antología, cuando se trata de excluir materiales de la misma, ya sean sátiras —lo más frecuente—, o poesía estrófica en metros no clásicos árabes (las moaxajas):

“Describir su señorío y su mérito y el modo de su muerte es algo largo que se sale de los objetivos de esta antología”.

La elegía de Ibn al-Aṣṭī no es el único poema llorando la muerte, el asesinato para nosotros sin resolver, de este ministro que parece haber sabido irradiar un ambiente de confianza entre los expatriados, por diversas razones, que acudían al occidente de al-Andalus en busca de protección o de saber. Dentro del artículo que Ibn Bassām dedica

⁵ Fierro, “Os Ulemas de Lisboa”, 42.

⁶ Sobre el *tasmīṭ* como glosa, véase García Gómez, E., “Dos notas de poesía comparada”, *Al-Andalus*, VI (1941), 401-410, especialmente 403-407.

⁷ Ibn Bassām, *Al-Ḍajīra fī mahāsīn ahl al-ġazīra*, ed. I. ‘Abbas, Beirut: Dār al-Ṭaqāfa, 1978, III, 865-866.

al ministro Ibn ‘Ammār (*Dajīra*, II, 368-433), el antólogo, en una asociación de ideas favorecida por la rima del poema que acaba de citar, recoge cinco versos de un poeta contemporáneo suyo, los primeros de una casida elegiaca donde lamenta la desaparición de este Muḥammad b. Ibrāhīm, un hombre que parece muy apreciado por quienes tuvieron la fortuna de gozar de su hospitalidad:

Por ti, Ben Ibrāhīm, lloran las nubes,
y por ti se lamentan las palomas;
no están a salvo, no,
del trueno y del relámpago del cielo,
—brillo de espadas, gritos de combate—.
No es mucho, pues, que, para acompañar
las parihuelas que conducen tus despojos,
al funeral acudan las estrellas
de la Osa mayor,
que se vistan de luto los brillantes luceros,
lloren por ti la gloria y las nobles acciones,
esparza Géminis las perlas de su collar
y caigan de las manos de las Pléyades sus anillos⁸.

Desgraciadamente, Ibn Bassām no cita el nombre del poeta, sin duda otro miembro de este círculo literario que con tanto éxito elude nuestra curiosidad.

Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihri, además de ser el centro de la tertulia literaria que mantiene en su casa, actúa también como transmisor de conocimientos, o, por lo menos, de los versos de otros hombres de letras que acuden a su casa, o que, como él, pertenecen a la modesta sociedad intelectual de Lisboa. A él le debe Ibn Bassām algunos datos sobre Ibn Muqānā, un poeta de una o dos generaciones anteriores, la de mediados del siglo V/XI⁹. Cansado de buscarse la vida como poeta en las cortes de taifas resultantes del colapso del califato omeya, que llegó a conocer en sus últimos años —se conserva un poema suyo dedicado a Hišām III al-Mu‘tadd (418-22/1027-31), el último califa—, Ibn Muqānā había vuelto a su tierra natal y se dedicaba al cultivo de sus tierras. Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihri lo encuentra en el campo, una hoz en la mano, dirigiendo el trabajo de sus hombres, y su salud despierta en el anciano la añoranza de una vida social y literaria que las tareas agrícolas no hacen sino magnificar. En el poema que improvisa expresa todo ello: la dureza del cultivo del campo y la escasa respuesta de la tierra, sujeta a las inclemencias del tiempo o al estrago de las alimañas, la nostalgia de las cortes brillantes donde tampoco ha conseguido un éxito rotundo, y, por último, la resignación, y la gratitud al soberano aḥṣā, a al-Muzaḥḥār, que ha hecho posible su regreso¹⁰. Probablemente, aunque ya no diga nada Ibn Bassām, los demás poemas que recoge de Ibn Muqānā también los ha transmitido el alfaquí ministro. Poemas que describen una trayectoria vital lejos de Lisboa y del occidente de al-Andalus, como ocurre con otros poetas originarios de Lisboa, entre quienes puede citarse a Abū Bakr b. Sawwār, ya

⁸ Ibn Bassām, *Dajīra*, II, 478.

⁹ Ibn Bassām, *Dajīra*, II, 786-796. Sobre este poeta, véase Rubiera Mata, María Jesús, *Ibn Muqānā de Alcabiḍeche*, Alcabiḍeche, 1993 (tirada aparte de *Al-Qabḍaq. Boletim Cultural da Junta de Freguesia de Alcabiḍeche*, nº 3 (1992).

¹⁰ Ibn Bassām, *Dajīra*, II, 787; Rubiera, *Ibn Muqānā*, 27-29.

en época almorávide, que canta a Ibn Ḥamdīn de Córdoba, y, sobre todo, a la familia de los Banū ʿAšara, notables de Salé, que lo rescatan de su cautiverio entre los cristianos.

Ibn Bassām también le debe a Muḥammad b. Ibrāhīm los dos poemas de Abū l-Ḥasan ʿAlī b. Ismāʿīl, conocido por al-Ṭayṭal¹¹, que incluye en la *Dajīra*, ambos de tema ascético, aunque el primero toma como pretexto la descripción de una hormiga:

Su cuerpo esbelto y delgado
 se diría tallado en demasia;
 es una negra que acarrea su alimento
 en el extremo aguzado de unas pinzas;
 el final de su cuerpo se parece
 a una gotita de alquitrán,
 o a un punto seco que ha caído
 del cálamo del muftí;
 se afana y se provee en verano,
 y almacena comida para un tiempo de penuria;
 llena de decisión,
 se sostiene en la tierra con patitas
 finas como el cabello
 de un niño prematuro;
 corre como al azar, mas luego a veces,
 en la negrura de la noche,
 en línea recta se dirige al ojo de la aguja.
 El hombre no oye dónde cae,
 si en una blanda vega o en el desierto.
 Da testimonio de que Dios en su poder
 de esta manera la ha creado,
 y hace a la fantasía
 impotente para describirla
 —no pienses conseguirlo si examinas sus miembros—.
 Proclama a todas horas la alabanza de Dios
 hablando al corazón en el silencio.
 ¡Loado sea quien distingue
 su alabanza y su peso de los del camello!
 Y yo soy a su lado, por mi debilidad extrema,
 tan poca cosa como la hormiga frente a éste,
 sin que puedan contarse las diferencias;
 no, si lo intentase, por esa delgadez
 me perdería entre el vestido y el forro,
 pues más delgadas y endebles
 son la finura de mi mente y la flaqueza de mi suerte;
 Mi alma, sin embargo, y la nobleza de mis miras
 son una estrella en que se mira Venus,
 como en Venus se complace el viajero¹².

¹¹ Ibn Bassām, *Dajīra*, II, 797-799.

¹² Sigo en la traducción la versión algo más extensa que recoge Ibn ʿAbd al-Malik al-Marrākuṣī, *Al-Dayl wa-l-takmila*, V, ed. I. ʿAbbās, Beirut: Dār al-Ṭaqāfa, [1965], 196-197.

Al-Ṭayṭal, como Muḥammad b. Ibrāhīm, es también un fihrí, y cabe que a eso se deba el interés de conservar sus versos por parte de un miembro del mismo linaje. No voy a dedicarme, sin embargo, a este personaje, cuyas peculiaridades ya ha destacado M. Fierro en su estudio de los sabios de Lisboa. En cualquier caso, tampoco puede decirse que forme realmente parte de este círculo literario de Lisboa —cabe incluso, que ya haya muerto para entonces—, pues sus tendencias ascéticas lo llevaron a vivir retirado del mundo.

¿Qué poetas realmente vemos en ese salón literario de Lisboa, y en esos años concretos en que Abū ‘Abd Allāh Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihrī “era el alma de la región”, como dice Ibn Bassām?

En primer lugar, Ibn Bassām. Es, en cierto modo, el hilo conductor de esta investigación. Es todavía un hombre joven o muy joven, y su trato con los hombres de letras que pasan por Lisboa está marcado por el deseo de aprender de ellos. Busca maestros, asiste a las lecturas de las obras que han compuesto y toma al dictado sus poemas y sus epístolas, aunque quizá no haya planeado todavía componer la *Dajīra*. Lo dice expresamente así en la biografía que dedica a Abū Ya‘far Aḥmad b. al-Dūdīn al-Balansī¹³, e incluso da la fecha en que recibe esas clases y recoge el material poético o prosístico: en Lisboa, en el año 477/1084.

Ibn al-Dūdīn es, pues, uno de los poetas que parecen atraídos por ese círculo literario de Lisboa. No es imposible que haya acudido buscando refugio, huyendo tal vez de Denia. Ibn Bassām recoge cuatro poemas breves de tema amoroso de este autor, dos de ellos dedicados a un tal ‘Alī, que lo ha apartado de la vida piadosa, de manera que ahora merece el fuego del infierno. Pero Ibn al-Dūdīn quiere hablar, sobre todo, de la epístola que ha compuesto como réplica a la de Ibn Garsiyya denostando a los árabes y alabando a los no árabes. La epístola de Ibn Garsiyya es el único texto de inspiración šu‘ūbī compuesto en al-Andalus que se ha conservado¹⁴, y, como tal, muy importante para el estudio de este movimiento antiárabe fuera de oriente. Tanto Ibn al-Dūdīn como Ibn Bassām la consideran altamente censurable y peligrosa. Y eso lleva al antólogo a incluir, en el apartado dedicado a Ibn al-Dūdīn, tanto la epístola de Ibn Garsiyya¹⁵, como tres refutaciones de otros tantos hombres de letras occidentales: la del autor valenciano¹⁶, la de Abū l-Ṭayyib ‘Abd al-Mun‘im al-Qarawī (m. 493/1099)¹⁷, natural de Qayrawān, y la de un Ibn ‘Abbās, apenas identificable¹⁸. Posiblemente la réplica de Ibn al-Dūdīn a la epístola pro-šu‘ūbī sea la causa de su expatriación, pues el soberano de Denia,

¹³ Ibn Bassām, *Dajīra*, III, 703-756.

¹⁴ Monroe, James T., *The Shu‘ūbiyya in al-Andalus. The Risāla of Ibn García and Five Refutations*, Translation, Introduction and Notes, Berkeley-Los Angeles-London: University of California Publications, 1970.

¹⁵ Ibn Bassām, *Dajīra*, III, 705-714; Monroe, *Shu‘ūbiyya*, 23-29.

¹⁶ Ibn Bassām, *Dajīra*, III, 715-722; Monroe, *Shu‘ūbiyya*, 69-74.

¹⁷ Ibn Bassām, *Dajīra*, III, 722-746; Monroe, *Shu‘ūbiyya*, 75-92.

¹⁸ Ibn Bassām, *Dajīra*, III, 746-755; no la recoge Monroe.

Muḡāhid, de origen eslavo, es quizá el inspirador de la obra de Ibn Garsiyya, un autor de ascendencia vascona, como su nombre indica¹⁹.

Durante la estancia de Ibn Bassām en Lisboa, sin precisar la fecha, llega a la ciudad Ibn al-Aṣṭīlī, un poeta cuya vida resulta un tanto peculiar²⁰. Como Ibn al-Dūdīn, también procede del levante peninsular, y su tierra natal parece ser Zaragoza, a la que canta en un poema de nostalgia. Ha viajado por todas las regiones de al-Andalus, y en eso no se diferencia mucho de los demás poetas en busca de patronos y de mecenas, pero no ha estado en ninguna de las cortes de los soberanos de la época, o al menos no se menciona ningún panegírico dirigido ni a reyes ni a ministros. En alguna de las ciudades visitadas, todavía relativamente joven, ha entablado cierta relación literaria con Abū l-Ḥasan al-Ḥuṣṭī (Qayrawān 420/1029-Tánger, 488/1095)²¹. Son, sin embargo, sus aficiones extraliterarias lo que hacen de él un ser aparte. Ibn Bassām dice que tenía un fértil ingenio para la mendicidad profesional, y que esa actividad lo había llevado, cuando ya era rey Alfonso VI (desde 1072), a visitar Coimbra, una ciudad conquistada por los cristianos en 1064. La experiencia, que describe en un poema, no había sido en absoluto satisfactoria, y se queja amargamente del trato recibido. Parece tan comprensible que los nuevos pobladores de Coimbra mirasen con desconfianza los vagabundeos de un mendigo musulmán por la ciudad que uno se pregunta qué otros intereses lo llevaron a ella. La mendicidad podía encubrir otras tareas. Quizá también bajó como mendigo a las ciudades de la costa del sur de Portugal. Tampoco allí encontró buena acogida y de nuevo se queja en sus versos. No faltará algún hombre de letras que le reproche esta actividad.

La estancia de Ibn al-Aṣṭīlī en Lisboa representa un momento de calma en su vida andariega. Al-Mansūr, quizá un hermano del rey de Badajoz al-Mutawakkil, o un hijo de éste, lo nombra secretario del gobernador militar (*qā'id*) de la ciudad. Su relativa prosperidad en ese tiempo le permite invitar a amigos y hombres de letras, entre ellos a Ibn Bassām, que cuenta con cierto detalle una de estas ocasiones y recoge la correspondencia poética que genera. Ibn al-Aṣṭīlī se incorpora también al círculo de Muḡammad b. Ibrāhīm al-Fihrī, al que dedica al menos un poema panegírico glosando unos versos de al-Mutanabbī. La muerte del ministro y alfaquí rompe sus esperanzas de estabilidad, y, tras la elegía que compone con ese motivo, se diría que desaparece de Lisboa. Ibn Bassām deja de tener noticias suyas. Cuando volvemos a encontrarlo en las fuentes árabes, está informando a un ministro del rey de Valencia, al-Qādir Ibn Dī l-Nūn (478/1085-485/1092), de la situación en la región en vísperas de la conquista valenciana del Cid²².

¹⁹ Sobre la política y la vida literaria de Denia, véase Rubiera Mata, M^o Jesús, *La taifa de Denia*, Alicante: Instituto Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante, 1985.

²⁰ Resumo un poco por encima los resultados de los artículos citados en las notas 3 y 4.

²¹ Sobre este autor, véase Damaj, A., "Al-Ḥuṣṭī, Abū l-Ḥasan", *Enciclopedia de al-Andalus. Diccionario de autores y obras andalusíes (DAOA)*, dirección de Jorge Lirola Delgado y José Miguel Puerta Vilchez, Granada: Fundación El legado andalusí, sin fecha, I, 269-271 (n^o 137).

²² Al-'Imād al-Iṣfahānī, *Jarīdat al-qaṣr wa-ḡarīdat al-'aṣr. Qism šu 'arā' al-Magrib wa-l-Andalus*, Túnez: al-Dār al-Tūnisiyya, 1986, II, 308-312 (biogr. n^o 89).

También por esas fechas, encontramos en Lisboa a otro refugiado procedente así mismo del oriente peninsular. La lejanía de Valencia o Zaragoza le garantiza, como a Ibn al-Dūdīn o Ibn al-Aṣṣīlī, cierta seguridad frente a sus enemigos. Abū Muḥammad ‘Abd Allāh b. Hūd²³ ha llegado a Lisboa algunos años antes y, sin duda, participa de la vida literaria de la ciudad. Ibn Bassām describe a este poeta con amabilidad y simpatía, y lo califica de elegante, pero nada prolífico. Miembro de la familia reinante de Zaragoza, Ibn Bassām, discretamente, pasa por alto las razones de que haya abandonado su tierra, dice no conocerlas. Al-Ḥiṣyārī, que escribe cuando la capital de los hūdīes ya ha caído en manos de los cristianos, no tiene inconveniente en señalar la envidia que inspiraba al monarca zaragozano este primo suyo, lleno de cualidades, en quien quizá suponía ambiciones políticas, como causa de su forzado exilio. Desterrado de Zaragoza por al-Muqtadir (m. 474/1081), ‘Abd Allāh b. Hūd había empezado su periplo por las cortes de los reyes de taifas yendo a Toledo. Su estancia en dicha ciudad no parece muy afortunada. En un poema breve, que conserva Ibn Bassām, cuenta cómo un incendio destruye la casa donde vive, aunque se consuela pensando que no es ésa la peor de las desgracias que hasta ahora le ha causado el destino. Ibn Sa’īd comenta que, insatisfecho de la capital de los Dū l-Nūn, había viajado de corte en corte hasta que llega por fin a Évora en los días en que ‘Umar b. al-Muẓaffar es gobernador de esta ciudad, antes de convertirse en el soberano de Badajoz en 461/1068, con el título de al-Mutawakkil. Ibn Bassām conserva tres versos de un panegírico, que parece compuesto a su llegada a Évora:

Oh tú que temes al destino, ve
a la tierra de Évora, te encontrarás a salvo,
será bastante protección de aquello que recelas.
Oh tú que el mar describes en sus diversas maravillas,
habla de él sin límite y hablarás de ‘Umar.
Cuántas veces oímos alabar sus virtudes,
hasta que, al conocerlo, vimos
que se quedaban cortas las noticias.

El príncipe aḥṣāsī le ofrecerá refugio y una hospitalidad generosa y, más adelante, lo nombrará incluso gobernador (*wālī*) de Lisboa. No parece haber durado mucho en ese puesto. En fecha desconocida, al-Mutawakkil lo destituye, y sólo queda de su aventura de poder el elogio de su conducta durante su mandato, que subraya Ibn Bassām, y unos versos:

Cuántas veces me han preguntado
al volver de mi gobierno:
¿Qué has ganado? Y les contesto:
Una alabanza que vivirá conmigo
mientras viva,

²³ Ibn Bassām, *Dajīra*, II, 803-805; Ibn al-Abbār, *Al-Hulla al-siyarā’*, ed. critique par Hussain Monés, El Cairo: Dār al-Ma’ārif, 1964, 165-166 (nº 134); Ibn Sa’īd al-Magribī, *Al-Mugrib fī ḥulā al-Magrib*, ed. Šawqī Ḍayf. El Cairo: Dār al-Ma’ārif, sin fecha, II, 439 (nº 625).

y si muero, será eterna,
no morirá.
Aborrecí lo que me sobraba
porque sé
que no me faltará el sustento,
y preservé mi rango, concediendo favores,
y fui así más rico²⁴.

Muy diferente es la situación de otro poeta, también de oriente, que coincide en Lisboa con Ibn Bassām y, al parecer, conoce allí a Ibn al-Aṣṭī: Abū ‘Abd Allāh Muḥammad b. ‘Ubāda, conocido por Ibn al-Qazzāz, famoso autor de moaxajas. Ibn Bassām traza de él una breve biografía²⁵, donde recoge fragmentos de una de sus epístolas dirigida al astrónomo o astrólogo (*al-munaṣṣim*) Abū Bakr al-Jawlānī, parte de la casida que la acompañaba alabando a al-Mu‘tamid, un fragmento de otra *risāla*, y cuatro poemas breves: una sátira sobre la que volveré más adelante, un epigrama contra un cornudo, que ha merecido algunos comentarios lexicográficos²⁶, un ingenioso elogio de un ministro y un par de versos sobre el tema de la vejez y las canas.

No es en esta biografía, en cuya introducción sólo nos habla de la importancia de Ibn al-Qazzāz como autor de moaxajas —y otra vez afirma, como en la dedicada a ‘Ubāda ibn Mā’ al-Samā’, que son metros que se salen de los objetivos de la *Ḍajīra* (*tilka al-a‘arīd jāriyā^{unn} ‘an garaḍ ḥādā l-taṣnīf*)—, donde encontramos esa información, la de su estancia en Lisboa. Ibn Bassām nos habla de ella, muy de pasada, en la biografía de Abū l-‘Abbās Aḥmad b. Qāsim al-Muḥaddīṭ (m. alrededor de 530)²⁷, un hombre de letras al que conoce en su primera visita a Córdoba en 494/1101, y que desde el primer momento se muestra muy interesado en aportar materiales, sus propias obras, a la gran antología que proyecta Ibn Bassām. Entre los poemas y epístolas que le envía, se cuenta una casida compuesta sobre la rima del apellido del antólogo (*‘alā rawī nisbatī*), de la que éste cita siete versos (*kāmil*, rima *-āmi*). Pero recuerda entonces que era mejor poema el que le había enviado, también con su nombre como rima, ‘Ubāda b. ‘Abd Allāh b. ‘Ubāda²⁸, “en los días de su estancia con él (*‘inda-nā*) en Lisboa”²⁹. Ibn Bassām cita

²⁴ Garulo, Teresa, “Poesía árabe en Portugal”, en *Xarajīb. Revista do Centro de Estudos Luso-Árabes*, (Silves-Portugal), nº 1 (2000), 73-74 (Yen portugués en T. Garulo, “Poesía árabe em Portugal”, *Literatura e Cultura no Gharb al-Andalus*. Simpósio Internacional. Lisboa, Abril de 2000, editado por Bruna Soravia & Adel Sidarus, Lisboa, 2005, 55).

²⁵ Ibn Bassām, *Ḍajīra*, I, 801-805; Stern, S. M., “Muḥammad ibn ‘Ubāda al-Qazzāz. Un andaluz autor de *muwašṣahas*”, *Al-Andalus*, XV (1950), 79-108.

²⁶ Stern incluía en su artículo un apéndice sobre el uso de la voz *qarrān* ‘comudo’ (Stern, “Muḥammad b. ‘Ubāda”, 106-108); en los números siguientes de la *Al-Andalus*, algunos arabistas publicaron otros testimonio del uso de tal palabra en distintas regiones del mundo árabe: Levi della Vida, G., “*Qarrān* = ‘comuto’”, *Al-Andalus*, XV (1950), 497-498; Schacht, J., “*Qarrān* = ‘cocu’, ‘comard’”, *Al-Andalus*, XVI (1951), 489; Canard, M., “À propos de l’arabe *qarrān*, ‘comard’”, *Al-Andalus*, XVII (1952), 219-220.

²⁷ Ibn Bassām, *Ḍajīra*, I, 905-915; Avila, María Luisa y Manuela Marín, “Nómina de sabios de al-Andalus (430-520/ 1038-1126)”, E.O.B.A., VII (1995), 55-189, nº 224.

²⁸ En su artículo sobre Muḥammad b. ‘Ubāda al-Qazzāz, citado en la nota 23, Stern pasa revista a los diferentes nombres con que se menciona a este poeta en las fuentes árabes, e intenta desenmarañar la confusión que produce la falta de unanimidad; también añade un inventario de los poemas clásicos que se le atribuyen y edita las cinco moaxajas

sólo el principio, siete versos muy halagadores sobre su capacidad creativa, donde lo compara con los poetas más importantes en los distintos géneros de la poesía árabe, para culminar con al-Mutanabbī:

Oh, tú que te elevas sobre Arturo y la Espiga,
de tu padre Bassām has conseguido
la superioridad en la palestra.
He conocido a muchos hombres, y siempre los encuentro
torpes de entendimiento y comprensión,
pero contemplo en ti la gracia de Bagdad,
la inteligencia del Iraq y los conceptos de Siria.
Mi mente duda cuando te ven mis ojos,
tanto que creo estar soñando:
si tejes un elogio, eres Zuhayr,
o si un poema de amor, 'Urwa b. al-Ḥizām;
si temprano te lanzas a la caza
de las gacelas, eres Imru' al-Qays,
y si lloras las ruinas, Ibn Jidām;
y si censuras las mudanzas del tiempo,
como bien se merece, eres al-Mutanabbī,
el de tan ambiciosos objetivos.

Muḥammad b. 'Ubāda al-Qazzāz, o Ibn al-Qazzāz, natural de Málaga, es un poeta de la corte de Almería, y la mayoría de sus casidas y moaxajas están dedicadas a su rey, al-Mu'tašim b. Šumādiḥ. También alaba al rey de Sevilla, al-Mu'tamid, con motivo de su victoria en batalla de Zallāqa/ Sagrajas (479/1086), en el poema que le envía a través del astrólogo Abū Bakr al-Jawlānī, uno de sus cortesanos. No sabemos la ocasión de su estancia en Lisboa, pero está claro que participa en las tertulias y en el cruce de amabilidades que se intercambian los poetas que acuden a ellas, como vemos por estos versos. Es posible que llegase a la ciudad precisamente alrededor de la fecha de la batalla de Zallāqa, acompañando quizá al hijo del rey de Almería, de quien era contertulio, que acudía en representación de su padre, al-Mu'tašim³⁰. Probablemente es en Lisboa donde conoce a Ibn al-Ašlī, aunque no es imposible que haya sido en Almería, ciudad que también había visitado este poeta itinerante, como parece desprenderse de un par de versos conservados también en la *Dajīra*, en que lamenta haberla abandonado y con ella la protección de al-Mu'tašim³¹. Las relaciones entre ambos poetas no parecen buenas. Ibn Bassām recoge en su artículo

del autor contenidas en *Dār al-ḥirāz* de Ibn Sanā' al-Mulk, entonces todavía no publicado, como tampoco lo estaban el *Muḡrib* de Ibn Sa'īd, que contiene una breve biografía del poeta y cita fragmentos de un par de poemas estróficos (Ibn Sa'īd, *Al-Muḡrib fī ḥulā l-Maḡrib*, ed. Šawqī Ḍayf, El Cairo: Dār al-Ma'ārif, II, 134-137, n° 445), ni la *'Uddat al-ḡalīs* de Ibn Bušrā que recoge once nuevas moaxajas (*The 'Uddat al-ḡalīs of 'Alī ibn Bishrī. An Anthology of Andalusian Arabic Muwashshahāt*, edited by Alan Jones, Cambridge, 1992, nos. 22, 109, 158, 214, 275, 276, 309, 325, 327, 340, 341).

²⁹ Ibn Bassām, *Dajīra*, I, 908. Al-Maqqarī cita cuatro versos del mismo poema en *Nafḥ al-ṭīb*, ed. Iḥsān 'Abbās, Beirut: Dār Šādir, 1968, III, 492.

³⁰ Viguera Molíns, María Jesús, *Los reinos de taifas y las invasiones magrebies*, Madrid: Mapfre, 1992, 170.

³¹ Garulo, "La vida y la obra de Abū 'Amr ibn al-Ašlī", 80.

sobre Ibn al-Qazzāz una sátira contra un Abū 'Āmir que podría ser nuestro mendigo profesional. Es un poema breve, donde dice:

¡Qué vergüenza la tuya, oh Abū 'Āmir!
 Mírate ahí, desnudo entre los hombres
 del traje de la gloria.
 Con alguaciles míseros te tratas,
 no con el jefe de la policía,
 señor de noble espíritu y origen
 y protector del débil.
 Eres un capirote viejo:
 nuevo fue de un señor,
 y ahora lo lleva un vagabundo³².

Aunque Abū 'Āmir es una *kunya* bastante frecuente —de hecho, Stern propone como posible destinatario a Abū 'Āmir ibn Arqam, hijo de Abū l-Aṣṣbag 'Abd al-'Azīz ibn Arqam, ministro de al-Mu'taṣim³³—, las alusiones del poema me parece que apuntan con bastante claridad a Ibn al-Aṣṣlī y sus actividades como mendigo profesional: su trato con los oficiales inferiores de la justicia, que considera un indicio de su misma bajeza, en vez de buscar la protección de los altos funcionarios —el *ṣāhib al-ṣurṭa*, responsable de la policía—, y la alusión final a los vagabundos o maleantes (*'ayyār*), con cuya vida se le supone relacionado en sus andanzas. No se sabe si su sátira tuvo alguna respuesta por parte de Ibn al-Aṣṣlī, y, en cualquier caso, es probable que Ibn 'Ubāda al-Qazzāz volviese con su señor a Almería poco después de la batalla de Zallāqa.

Un poco antes de estas fechas, aunque sin que pueda precisarse mejor, dada la penuria de las fuentes árabes en precisiones cronológicas, encontramos residiendo en Lisboa a otro poeta, Abū Zakariyyā Muḥammad b. Zakī al-Ŷullumānī. Sólo se sabe de él lo que dice Ibn Sa'īd al mencionarlo en el *Mugrib*: residía en Lisboa, procedía de Ŷullumāniya (Juromenha), y había recorrido las cortes de al-Andalus en busca de fortuna como poeta³⁴. Además de un par de versos báquicos, incitando a beber, se conserva un brevísimo fragmento —dos versos— de un panegírico suyo dedicado a al-Ma'mūn de Toledo, y cabe la posibilidad que volviera al occidente de al-Andalus, cerca de su tierra, a la muerte del monarca toledano en 467/1075, desengañado quizá en sus esperanzas cortesanas, como le había ocurrido a Ibn Muqānā unos años antes.

Algunas de las biografías de estos poetas que se encuentran en Lisboa en el último cuarto del siglo V/XI, prácticamente las únicas localizadas hasta la fecha, dejan entrever algunos detalles sobre la forma de establecer relaciones entre ellos o de mantenerlas, y del ritual generado en torno a las tertulias y reuniones. Naturalmente, figura de manera dominante la correspondencia en prosa rimada y el

³² Ibn Bassām, *Dajira*, I, 804.

³³ Stern, "Muḥammad ibn 'Ubāda al-Qazzāz", 92, nota 3.

³⁴ Ibn Sa'īd, *Mugrib*, I, 378 (nº 269).

intercambio de versos, que casi siempre exige la forma de *mu'āraḍa*, es decir, el poema de respuesta se compone en el mismo metro y con la misma rima que el primero enviado. Por ejemplo, el primer encuentro de Ibn Bassām con Ibn al-Aṣṭīl se produce como resultado de la invitación de éste a un grupo de hombres de letras de Lisboa. No hacía demasiado que había llegado a la ciudad, su situación empieza a ser más desahogada, y quiere formar parte de la vida literaria local. Terminada la reunión, les envía a cada uno de ellos una misiva, acompañada de unos versos, agradeciéndoles la amabilidad de haber acudido a su casa y aludiendo a algún detalle de la tertulia. Los versos que dirige a Ibn Bassām, los únicos conservados porque los cita el antólogo, razonablemente halagado, juegan con los tópicos de la poesía báquica propia de este tipo de reuniones, e Ibn Bassām se apresura a contestar con dos versos en el mismo metro y rima. No sabemos si el intercambio de versos terminaba ahí normalmente. En este caso, sin embargo, la respuesta no parece satisfacer a Ibn al-Aṣṭīl que le vuelve a escribir declarándose algo menos proclive a las bromas de lo que su carta dejaba suponer. En su nuevo poema escoge como rima la del *'arūḍ* (último pie del primer hemistiquio de un verso) del segundo verso de Ibn Bassām, aunque mantiene el mismo metro.

Tenemos otros casos en que un hombre de letras busca entrar en el círculo de un escritor de más edad o de mayor fama. El mismo Ibn al-Aṣṭīl, antes de llegar al occidente de al-Andalus, ha procurado la amistad de Abū l-Ḥasan al-Ḥuṣrī, un autor de Qayrawān (Túnez), que ha tenido que emigrar a al-Andalus cuando los hilālīs destruyen su ciudad (449/1057) y goza de un enorme prestigio en la península. Y para congraciarse con él, le dirige un poema que utiliza su nombre, al-Ḥuṣrī, como rima. Debe de ser parte del protocolo. Es lo mismo que le vemos hacer a Ibn al-Qazzāz al llegar a Lisboa. Seguramente busca entrar en los círculos literarios de esta ciudad, donde va a residir una temporada, y escribe a Ibn Bassām, cuya curiosidad sin duda conoce, para que sea su introductor. Y el poema que le dirige utiliza como rima la de la filiación del antólogo: Bassām. Le ocurrirá más veces. He comentado anteriormente cómo, cuando ya su proyecto de compilar la *Ḍajīra* era muy conocido, un escritor de Córdoba, Aḥmad b. Qāsim al-Muḥaddīṭ, incluye en la epístola que le escribe un poema con esa misma rima de su nombre, *-āmi*³⁵, y, por supuesto, es un elogio de los conocimientos y las cualidades como escritor de Ibn Bassām en cualquier género en que desee expresarse.

No se describe, sin embargo, en ninguna de estas biografías la forma de iniciar la relación el discípulo con su maestro, el joven investigador o recopilador con el autor cuyas obras desea incluir en su antología. Ibn Bassām declara asistir a las clases de Ibn al-Dūdīn y tomar al dictado sus obras. Habría, tal vez, una primera entrevista. Pero, ¿cómo transcurrió, de qué hablaron, qué se contaron?

Una forma posible, salvando las distancias, porque el autor solicitado no desea impartir clases, y vive ascéticamente retirado de las vanidades del mundo, sería la entrevista que mantienen, en Lisboa, Ibn al-Imām de Silves (m. 560/1164) y Bakkār b.

³⁵ Ibn Bassām, *Ḍajīra*, I, 907-908.

Dāwūd al-Marwānī. La ciudad es la misma, pero han transcurrido alrededor de treinta años desde la época en que florecía el círculo literario que nos describe Ibn Bassām.

Ibn al-Imām³⁶ parece estar recogiendo materiales para su antología, *Simṭ al-ŷumān wa-siqṭ al-aḏḥān*, que debería ser continuación de la *Ḍajīra*. Desgraciadamente, sólo se conserva un fragmento de la misma, recientemente editado, con un apéndice con los pasajes citados en otras fuentes, como el *Mugrib* de Ibn Saʿīd o el *Nafḥ al-ṭīb* de al-Maqqarī³⁷. Y es en estas dos obras donde se ha conservado el primer encuentro —que sería el último— entre Ibn al-Imām y Bakkār al-Marwānī, aunque la versión de Ibn Saʿīd está muy resumida³⁸.

Según los datos del *Mugrib*, Bakkār b. Dāwūd al-Marwānī, descendiente de ʿAbd Allāh b. ʿAbd al-Malik b. Marwān, un miembro de la familia omeya que había entrado en al-Andalus con ʿAbd al-Raḥmān I³⁹, había nacido en Cintra en el mes de *ṣafar* del año 440 (= julio-agosto de 1048). Se trasladó a Córdoba, hay que suponer por razones de estudio, y finalmente se estableció en Lisboa. Es posible que estuviera en dicha ciudad en los años en que observamos la actividad literaria que se genera en torno a Muḥammad b. Ibrāhīm al-Fihri, alrededor de 477/1084, pero la ausencia de toda referencia a Bakkār al-Marwānī hace pensar que ya había escogido la vida ascética y retirada del mundo que nos describe Ibn al-Imām. No se da la fecha de su muerte, pero se nos dice que murió en *ŷihād*, lo que limita con bastante precisión el momento.

La entrevista que transcribe Ibn al-Imām es interesante en muchos aspectos. En primer lugar, por el mismo relato; en segundo, porque ayuda a fijar con cierta aproximación la fecha de la muerte del asceta, que no se recoge en las fuentes. La escena que describe el autor del *Simṭ al-ŷumān* presenta una situación que podría calificarse de doméstica: la recepción del visitante, la forma de identificar los intereses comunes, la conversación entre hombres de letras, el intercambio de poemas, la invitación a compartir mesa y alimentos, la despedida y la promesa de reanudar la relación en un plazo breve. Pero no llega a producirse un segundo encuentro. Agobiado por el temor a hacerse pesado, Ibn al-Imām tarda tres días en regresar. En ese tiempo, Bakkār al-Marwānī ha aprovechado una llamada al *ŷihād*, a combatir a los enemigos de la fe, para irse a la guerra en contra de los consejos de su esposa, y pocos días después se recibe la noticia de su muerte. Son dos los momentos posibles, en mi opinión, en que Bakkār se pudo unir a una expedición contra los cristianos. Primero, en el año 504/1111, cuando el *qāʿid* almorávide de Sevilla, Sīr b. Abī Bakr, lanza un ejército para controlar la línea defensiva de la

³⁶ Sobre este autor, Monés, H., "Ibn al-Imām al-Shilbī", *Encyclopaedia of Islam*, 2º ed. (CD-ROM ed.), III, 807a; Lirola Delgado, J., "Ibn al-Imām al-Šilbī, Abū ʿAmr", *Enciclopedia de la Cultura Andalusí. Biblioteca de al-Andalus*, Dirección y edición de Jorge Lirola Delgado y José Miguel Puerta Vilchez, Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, 2004, 3, 521-522 (nº 646).

³⁷ Ibn al-Imām, Abū ʿAmr ʿUṭmān b. ʿAlī b. ʿUṭmān, *Al-Muqtaḏab min Kitāb Simṭ al-ŷumān wa-saqṭ al-aḏḥān*, lectura y notas de Ḥayāt Qāra, Casablanca, 1423/2002.

³⁸ Al-Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, III, 334-340; Ibn Saʿīd, *Mugrib*, I, 415-416 (nº 292). Ibn al-Imām, *Muqtaḏab*, 115-120 (nº 64), reúne los dos pasajes.

³⁹ Sobre esta importante rama de la familia omeya en al-Andalus, Terés, E., "Dos familias marwānīes de al-Andalus", *Al-Andalus*, XXXV (1970), 94-117, especialmente, 105 y ss.

orilla derecha del Tajo y recobra Lisboa, Évora y Cintra⁴⁰, las ciudades cedidas a Alfonso VI en 485/1093-4. Más probable resulta, porque todo parece suceder en Lisboa en momentos en que los musulmanes son sus dueños, y porque para entonces Bakkār es un hombre lo bastante mayor para que la emoción le haga perder episódicamente la cabeza, la malograda campaña de ‘Alī b. Tāšufīn contra Coimbra en 511/1117⁴¹.

Ibn al-Imām se presenta ante Bakkār b. Dāwūd al-Marwānī reclamando ciertos derechos de parentesco —no se nos dice cuáles—, que el asceta desdeña, para reivindicar exclusivamente la buena relación entre musulmanes temerosos de Dios. Si se trata de un artificio para congraciarse con él, o para ayudar a la familia más adelante, se verá rechazado, tanto por el asceta, que sólo acepta el parentesco del temor de Dios, como por la esposa de éste, que desprecia un parentesco que no es próximo (*maḥram*) y no acepta su oferta de ayuda económica, confiada en Dios y en las personas que, hasta la fecha, han comprado el producto de su trabajo como hilanderas de ella y de su hija⁴². A continuación, Bakkār le ruega que espere a terminar con sus deberes religiosos, y, una vez cumplidos, se inicia la entrevista. Ibn al-Imām se identifica; Bakkār parece haber conocido a su padre y se interesa por la carrera literaria del visitante, le advierte de los peligros de utilizar la poesía —un arte tan sublime— para ganarse la vida, y le pide que le recite algunos versos. El joven, quizá acostumbrado al tono frívolo de los versos que se recitan en las tertulias de hombres de letras, tan necesarias para asentar el prestigio de los contendientes literarios, se encuentra en un aprieto, pues sólo recuerda poemas burlescos o libertinos. Bakkār lo tranquiliza, recordando que también los hombres piadosos del pasado de vez en cuando componían poemas escandalosos, y cita concretamente un verso de Ibn ‘Abbās, primo del profeta y exegeta del Corán, pues “¿Quiénes somos nosotros para negarnos a oír cosas semejantes a lo que ellos compusieron?”. Aunque el poema escabroso que le recita Ibn al-Imām le hace sonreír, le pide algún verso más casto. El joven le recita unos versos llorando los restos de los campamentos abandonados, que conmueve profundamente al anciano, hasta hacerle perder la cabeza por unos instantes. Recuperado, le pide que los repita varias veces, y explica su enajenación momentánea comparándose, por haberse vaciado de toda ocupación mundana para dedicarse sólo a Dios, con una hoja seca que el viento mueve a su antojo.

Después de esto, la entrevista transcurre con más calma, Ibn al-Imām consigue que Bakkār le recite varios poemas tanto ascéticos, recientes, como poemas de su juventud, de tema amoroso, y le dé permiso para copiarlos y transmitirlos. Y consigue la promesa de que le recitará más versos en visitas futuras. Llega la hora de la hospitalidad; el anciano le ofrece su parca comida, y el joven le pregunta por sus medios de vida: la pesca y la venta de los hilados de su mujer y su hija. Cuando

⁴⁰ Bosch Vilá, Jacinto, *Los almorávides*, estudio preliminar por Emilio Molina López, Granada, 1990, 188; Codera y Zaidín, Francisco, *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, edición de María Jesús Viguera Molíns, Pamplona: Ugeoiñi Editores, 2004, 22.

⁴¹ Codera, *Decadencia*, 188.

⁴² Sobre este caso, Marín, M., *Mujeres en al-Ándalus*, Madrid: CSIC, 2000, 268-269.

vuelve, tres días después, la mujer le explica que, en una especie de ramalazo de locura, ha decidido unirse a unos vecinos para participar en una algará contra los cristianos, pues su alma lo está matando con sus apetitos y quiere tomar venganza de ella. Ibn al-Imām se ofrece, como pariente, a ayudarlas durante la ausencia de Bakkār, pero la mujer no acepta su ayuda, y en todas sus manifestaciones, como cuando días después le confirma su muerte, se muestra con un espíritu tan ascético como el de su marido.

Me he extendido quizá demasiado en los pormenores de este relato porque me parece un buen final para la historia de la vida literaria en Lisboa, la escasa actividad literaria en la ciudad de que tenemos constancia por las fuentes. Lo más frecuente es que los poetas nacidos en ella o en sus alrededores busquen fortuna en otros centros más activos de la política de al-Andalus; por eso resulta interesante observar a este reducido número de poetas que se retiran o deben apartarse de la dura competencia en la corte, en cualquier corte de los reinos de al-Andalus, y que intentan mantener los modos de actuar entre hombres de letras dentro de la modestia de una ciudad muy provinciana.

En este relato hay otros puntos sobre los que merece la pena llamar la atención, aparte de los detalles sobre la vida cotidiana que nos ofrece. Destacaré solamente dos, uno de ellos es el papel de los hombres de religión que parecen marginales al mundo de los ulemas. Bakkār b. Dāwūd al-Marwānī pertenece al mismo mundo de al-Ṭayṭal, autoridades religiosas locales, que solo de tarde en tarde se asoman a las obras destinadas a perpetuar la memoria de los ulemas y sus actividades⁴³, y posiblemente sea de más interés para los que se dedican al estudio de los movimientos religiosos. El segundo, y el que a mí más me interesa en estos momentos, es la tolerante aceptación, que no siempre se produce, de una poesía frívola y burlesca, que con frecuencia se manifiesta con un lenguaje atrevido y lleno de alusiones sexuales. Bakkār es un asceta, un hombre temeroso de Dios, y sin embargo está dispuesto a reírse con ella y a recordar que también los más piadosos de los predecesores, los musulmanes de la primera generación, estuvieron dispuestos a divertirse con historias procaces, sin fingir un recogimiento hipócrita, y no por ello dejaron de ser buenos musulmanes y modelos para las generaciones venideras.

APÉNDICE

Entrevista de Ibn al-Imām con Bakkār b. Dāwūd al-Marwānī
(al-Maqqarī, *Nafh al-ṭīb*, III, 334-340)

El autor de *al-Siqṭ* se reunió con Bakkār al-Marwānī en Lisboa, antes de que abandonara su tierra para ir al *yihād* y perdiera la vida. Y cuenta así su entrevista:

Me dirigí a su casa en la ciudad, y llamé a su puerta.

—¿Quién es? —gritó.

⁴³ Fierro, "Os Ulemas de Lisboa", 54.

—Un hombre —contesté— de los que suplican verte por razón de parentesco.

—No hay más parentesco —replicó— que en el temor de Dios; si eres de esos, entra, y si no, aléjate de mí.

—Espero, al reunirme contigo y aprender de ti, ser hombre temeroso de Dios.

—Entra —. Entré a verlo y estaba en su oratorio con el rosario ante él, pasando sus cuentas y rezando. Me dijo—: Ten la bondad de esperar a que complete mi tarea con estas plegarias, y pueda atenderte como mereces.

Me senté hasta que terminó. Una vez acabadas sus devociones, se volvió hacia mí y dijo:

—¿Cuál es el parentesco que hay entre nosotros?

Me presenté, reconoció el nombre de mi padre, exclamó “Dios tenga misericordia de él”, y me dijo:

—Era un hombre excelente, tenía una amplia cultura y conocimientos; y tú, ¿tienes algo de lo que él tenía?

—Solía hacerme leer y aprender obras de *adab*, y por eso me aficioné a aquello en lo que sobresalgo— le contesté.

—¿Compones poesía?

—Sí— contesté—, y el tiempo me ha obligado a vivir de ella.

—Hijo mío— me dijo—, ¡qué malo es vivir de la poesía, y qué bueno adornarse con ella cuando no se usa de esa manera! Como dice el enviado de Dios, Dios lo bendiga y salve: “De la poesía procede la sabiduría”, pero acarrea la muerte en la necesidad; recítame, Dios, ensalzado sea, te haga prosperar, algo que recuerdes de tu poesía.

Busqué en mi mente algo que presentarle, algo apropiado a su condición, y no se me ocurrió nada sino versos licenciosos, descripciones del vino y cosas parecidas. Me quedé en silencio un rato y me dijo:

—Quizá puedes componer algo nuevo.

—No es eso— contesté—, pero pienso en qué ofrecerte, y la mayoría de mis poemas tratan temas a los que me han llevado la pasión y el humor, y son adecuados para otro tipo de reuniones.

—Nada de eso, muchacho; no lleguemos por el temor de Dios a extremos que nos aparten de la vía de nuestros piadosos predecesores. Si consideramos cierto que ‘Abd Allāh b. ‘Abbās, primo del enviado de Dios, Dios lo bendiga y salve, y exegeta del Libro de Dios, ensalzado sea, recita un verso como éste:

Si se cumple el augurio de las aves,
copularemos con Lamīs,

¿quiénes somos nosotros para negarnos a oír cosas así? Por Dios, no seamos distintos de los piadosos antepasados. Recítame lo que se te ocurra sin complicarte la vida.

Mi mente sólo me sugirió uno de mis poemas más desvergonzados:

¡Cuánto tardas en venir a mí,
cuando estoy lleno de un vivo deseo!
Tengo en la mano, para ti, algo
que se yergue como una columna:
si lo hubieras gustado una vez sola
no volverías a mostrar ese desdén.

—¿No hay en tus poemas nada más casto que eso? —se sonrió el anciano.

—No he conseguido recordar otros versos.

—Bueno, no importa; recítame otro.

Pensé un rato hasta que le recité este poema:

Cuando me detuve en su campamento,
refrené la pasión entre las dunas,
mas mi llanto envió las chispas de las lágrimas
a un fuego que en mi pecho ardía.
Dijo el censor, al ver mi llanto:
“Ten piedad de las lágrimas”.
“Éste es el uso —contesté—
de quien mantiene el pacto de amor
por los abandonados campamentos”.

Observé entonces que el anciano maestro se había turbado, y se puso a ir y venir; luego, al reponerse, dijo:

—Repítelo, por tus nobles padres.

Lo repetí, volvió sobre las expresiones que contenía y se puso a repetirlo él.

—Si hubiera sabido —le dije— que esto te conmoviera, no te lo habría recitado.

—¿Acaso no me ha conmovido como beneficio para mí y como exhortación? Hijo mío, estos corazones, dejados vacíos para ocuparse de Dios, son como las hojas que se secan y están preparadas para el soplo de los vientos; si sopla la menor brisa, juega con ellas como quiere, y la obedecen.

Me gustó su conducta, y seguí en su compañía, pues no vi en él la austeridad que acostumbran estos hombres piadosos ni el deseo de evitar el trato con las gentes; al contrario, no cesó de hablar conmigo llanamente y de contarme anécdotas llenas de humor, y de mencionarme datos de la historia de los omeyas y sus reyes que me satisfacían, y de los que yo no sabía mucho. Después de haber estado mucho tiempo con él, me precipité a besarle la mano y la apartó rápidamente.

—¿Qué te pasa?— me dijo.

—Te ruego que me recites algún poema tuyo.

—Los poemas que compuse en la juventud son de un tiempo que ha pasado, y no está de más que esos versos desaparezcan con él. Los de ahora tratan de los temas que me interesan en este momento, y serán pesados para ti.

—Si vos, mi señor —Dios nos permita obtener provecho con su ejemplo— queréis ser justo, deberíais recitarme poemas vuestros tanto de vuestra mocedad como de vuestra vejez, de manera que ambos disfrutemos.

—No puedo desobedecerte —se rió—; eres mi huésped y pariente, y tienes el privilegio que otorga la cortesía y los medios que te proporciona el propósito que te anima.

Luego, mostrando su humildad, me recitó estos versos, sofocado por las lágrimas:

Confía en Aquél que te ha formado a partir de nada,
pues procedes de nada,
y mira por tu alma antes de que los años
toquen a arrepentirse;

guárdate y te guardarás de los hombres,
 y sé amigo de ellos ciego y sordo.
 Anduve en un desierto de soberbia
 hasta que brilló ante mí una atalaya para guiarme;
 fui conducido hacia su luz
 hasta salir de las tinieblas,
 pero las lámparas de las pasiones,
 ante la luz del buen camino, como el carbón, no brillan.

Por Dios, me dominó una emoción mayor que la suya, me sobrecogieron los versos que había oído, y me causó tal efecto extremo con su exhortación piadosa que no pude superarlo hasta después de un tiempo.

—Este despertar de tu conciencia es de esperar que sea por tu bien, pues Dios es tu guía y tu salvador —me dijo el maestro. Luego añadió—: Hijo mío, éste es el camino en el que ahora estamos. Oye, pues, poemas de tiempos pasados, pues Dios es amigo del perdón, y esperamos de él que perdone nuestras acciones; ¿no te parece? —Y recitó:

Asoma el bozo en su mejilla,
 y piensan que lo olvido por mi conducta.
 Dicen: Es un cuervo a punto de anunciar la separación.
 Y les contesto: Es la luna vestida con la oscuridad.
 Grité a mi corazón: ¿Adónde ir,
 si la luna de la noche hace alto en el alacrán de la mejilla?
 Me contestó: Si hubieras deseado
 que dejara de amarlo,
 me habría rebelado, y no habría partido.

Escuché versos suyos que no habrían podido componer los mejores poetas, y di testimonio de su preeminencia.

—No he visto nada mejor que tus poemas tanto serios como burlescos—le dije, y pregunté— ¿Puedo transmitirlos bajo tu autoridad?

—Sí —contestó—, no veo mal en ello, después de poner en conocimiento de Quien conoce los secretos lo que hay en mi conciencia. ¿Qué valor tienen estas bromas ante la indulgencia de quien perdona graves faltas y cierra los ojos ante pecados enormes?

—Si me concedes el placer de oír más versos de este arte, te harás dueño de mi corazón para siempre.

—Hijo mío—me dijo—, que no posea tu corazón nada más que el amor de Dios, ensalzado sea—Luego siguió:—No voy a rechazar y prohibir el decir poesía.—Y recitó:

Gacela de hermosura peregrina,
 contemplar esa belleza
 apaga el fuego de mi pecho;
 revoloteo en torno suyo,
 pero siempre en vano.
 Cada vez que deseo visitarlo,
 Dios me destina un espía.

El corazón se me turbó de forma inexpresable con la delicadeza y elegancia de este poema.
—Recítame más versos —le dije—, y Dios, ensalzado sea, te recompensará con más beneficios.

Y recitó:

Apenas siente el corazón la fuerza del amor,
os alejáis y no puede sufrirlo.
Pensaba que podría sobrellevar esa pasión,
mas se presenta y me fallan las fuerzas;
su violencia se impone a pesar mío
y a punto está de separar el alma del cuerpo.
Me encontraréis quizá al borde de la muerte:
mi corazón no puede ya soportar la tristeza.

—¡Basta ya! —exclamó luego—. Y si me obligas a más, que Dios te baste.
—Me has encomendado a un Dios generoso, indulgente y misericordioso; por Dios, no recites más —y me incliné para besarle los pies, pero los retiró, y volvió a recitar:

¡Con qué encanto me dice, si me quejo
de haberme consumido por su amor:
—No hay ningún medio de llegar
a la unión amorosa.
—Basta con contemplar —le digo—
la belleza de un rostro perfecto,
un rostro donde brilla
un gesto amable de bienvenida.
—No lo creas —me dijo—,
pues eso es exponerse a la curiosidad.
—Hazme reproches —contesté—,
pero deja ir seguros a los hombres discretos.

Mis oídos se llenaron de maravillas, y creció el placer de su compañía. Escribí todo lo que me recitó. Luego le dije:

—Si no fuera por temor a hacerme pesado, seguiría reclamando que me recitases tus versos hasta que no encontraras qué recitar.

—Si vuelves aquí, si Dios quiere, recordaré y recitaré otros versos, pues no tengo con qué agasajarte como huésped fuera de lo que has oído y de lo que verás.

Se levantó y trajo de otra habitación de su casa una escudilla en la que había un caldo de harina y unas cortezas frías, y se puso a desmenuzarlas sobre ella. Entonces me indicó que bebiese, y así lo hice, y bebió él después hasta que llegamos al final.

—Ésta es la comida de tu pariente para todo el día —me dijo al cabo—, una gracia de Dios, ensalzado sea, cuya continuidad agradeceré siempre.

—Tío —le pregunté—, ¿de qué vives?

—Hijo mío, me gano la vida con esa red, con la que salgo a la orilla del mar a pescar algo con que alimentarme, y tengo esposa y una hija cuyos tejidos, además

de esto, nos proporcionan algo en lo que encontramos ayuda. Esto, con la salud y el poder prescindir de la gente es un bien abundante; Dios, ensalzado sea, nos haga ser de aquellos que van a su encuentro en una situación que le satisface, y nos procure una conclusión con la que no sea de temer la deshonra.

Lo dejé y me fui con la intención de volver a visitarlo; me propuse que eso fuera después de unos días por miedo a resultar pesado. Volví a su casa tres días después, llamé a la puerta, y me habló una mujer en cuyas palabras percibí un dejo de tristeza.

—El maestro —dijo— se ha ido a la campaña militar, y eso fue un día después de separarte de él. Le dio como un ramalazo de locura; le dije: “¿Qué tienes?” Y me contestó: “Quiero morir mártir en esa algara; estos vecinos míos han decidido salir a combatir, y yo, si Dios quiere, me voy con ellos”. Luego se agenció una espada y una lanza y partieron juntos. Me dijo: “Mi alma es la que me mata con sus pasiones, y ¿no voy a vengarme de ella y matarla?”.

—¿A quién la dejado —le pregunté— para velar por vosotras?

—Eso no es cosa tuya —me dijo—; Aquél a quien nos ha encomendado es tal que no necesitamos a nadie más.

Me maravilló su respuesta y supe que su mujer era como él en ascetismo y piedad.

—Soy pariente suyo —le dije—, y es un deber para mí velar por vuestra situación en su ausencia.

—Tú —me dijo— no eres un pariente próximo, y hay unas ancianas que miran por nosotras, compran nuestros hilados, y se cuidan de nuestra situación; que Dios, ensalzado sea, te recompense de nuestra parte, vete de nosotras con nuestra gratitud.

—Éstos son unos dirhames, tomadlos y utilizadlos.

—No estamos acostumbradas a tomar nada salvo de Dios, ensalzado sea, y no vamos a alterar nuestra costumbre.

Me marché pesaroso por haber perdido la ocasión de pedirle más poemas al maestro y de procurarme más bendiciones suyas. Más adelante volví a su casa preguntando por él.

—Dios, ensalzado sea, lo ha aceptado —me dijo la mujer. Y supe que lo habían matado.

—¿Lo han matado? —le pregunté.

—“No penséis que quienes han caído por Dios hayan muerto”⁴⁴ —recitó.

Y me fui reflexionando sobre su condición, Dios ensalzado sea tenga misericordia y esté satisfecho de él y nos sirva de provecho con su ejemplo. Los marwānīes en al-Andalus han tenido un papel importante tanto en cuestiones de religión como en el mundo.

⁴⁴ Corán, III, 169.